

rar hoy la atmósfera misma de épocas arcaicas cuando se reconstruyen los episodios de entonces.

Pienso, por ejemplo, en la sutileza a la vez antropológica, histórica y literaria de un William Golding, y por citar a un autor judío, de Isaac Bashevis Singer. Nada de eso hay en *Camisa limpia*. El diálogo del fraile con el reo acerca de la libertad religiosa es completamente anacrónico. Por allí se cae en un cierto maniqueísmo, que ya despuntaba en la novela anterior de Guillermo Blanco, "Dulces chilenos"; esta vez los judíos son santos, y los católicos son demonios. El protagonista judío es el único personaje humano en medio de una ralea de cristianos que son todos verdugos automáticos. Y éste sí es un juicio literario sobre un factor que influye negativamente en la calidad de la novela, carente del claroscuro y de la ambigüedad de los hechos protagonizados por hombres de carne y hueso.

Se echa de menos un atisbo de humanidad en los captores y jueces del judío heroico. Pero no: estos inquisidores deben serlo hasta el tuétano de los huesos, y el mártir de la casa de la libertad de las conciencias debe ser un héroe completo, el único portador de humanidad entre tantos lucíferos. Estos repiten su fe cristiana como una lección muerta de inhumanidad: no convencen como personajes, tan estereotipados están. En estas condiciones, la novela adquiere un pesado aire piadoso, unilateral, edificante y hagiográfico, el de tantas vidas de santos demasiado buenos para un mundo demasiado malo. El suspenso se torna escaso: es previsible desde el comienzo el camino recto del héroe hacia las llamas, en esta crónica de una hoguera anunciada, que por eso mismo se vuelve demasiado lineal y recta. En fin, esta novela me parece un homenaje al revés al quinto centenario de la evangelización de América Latina. Dicho sea sin dejar de reconocerle, en otros aspectos, su eficiente factura narrativa.

IGNACIO VALENTE

SI TE DICEN QUE CAI

De *Juan Marsé*

Seix Barral, Barcelona, 1989.

<https://doi.org/10.29393/At461-25STMA10025>

"La nueva narrativa la forman novelistas de catequesis, los nuevos escritores son muy obedientes, demasiado dóciles (...). Estoy al tanto de lo que sucede literariamente, pero hubo mucho más talento entre la gente de mi generación..."

Estas y otras declaraciones del flamante y siempre intencionalmente contestatario Premio Nobel de Literatura 1989, Camilo José Cela, han iniciado una fecunda y esclarecedora polémica entre los escritores y los especialistas de la novela española actual. Las versiones, opiniones y diferentes valoraciones de Carmen Martín Gaité, Juan Marsé, Julio Llamazares, Rosa Chacel, María José Obiol, Juan Benet y otros, han establecido que la narrativa española joven está, si no en su siglo de oro, sí en un momento importante de su desarrollo. Es que "en la medida en que aumenta el nivel cultural de los españoles, la calidad literaria de los que escriben es mayor" (Delibes) y ya "hay una serie de escritores que tomar en cuenta y que están llevando a cabo el relevo generacional" (Castellet), aunque se observe en ellos "cierta inconsistencia estilística y una preceptiva de importación" (Caballero Bonald) o en muchos se perciba "la irrelevancia que predomina en las letras españolas actuales" y falta de "nitidez", "vivacidad" e "imaginación" (Julio Ortega).

Es preciso señalar que aparte del tan discutido talento de estos nuevos narradores, las editoriales los buscan y publican con éxito (sólo tres datos, *La isla inaudita* de Eduardo Mendoza,

Seix Barral, ha tenido 8 ediciones de ¡100.000 ejemplares en un año!; *Las edades de Lulú* de Almudena Grandes, Tusquets, 10 ediciones en el mismo plazo y *La historia de un idiota contada por sí mismo* de Félix de Azúa, Anagrama, 15 ediciones en 2 años), la crítica les presta atención y ellos atienden a la crítica en una relación que, a pesar de ciertos rasgos de soberbia, excesiva satisfacción, virulencia o sarcasmo, indudablemente, termina por beneficiar a la literatura.

Sin embargo, antes de hablar de Javier Marías, Soledad Puértolas, Julio Llamazares, Vicente Molina Foix, Alejandro Gándara, Antonio Muñoz Molina, Rosa Montero o Lourdes Ortiz (¡y qué tentador después de leer sus —algunas muy buenas, otras muy malas— novelas posmodernas, líricas, picarescas, eróticas, filosóficas!) es importante destacar que entre la generación mencionada por el autor de *La colmena* —la generación de Delibes, Matute, Laforet y el mismo Cela— y la nueva narrativa española existen autores cuya lectura es impostergable en el Chile de los años noventa, el Chile que deberá recuperar su tradición de diálogo con otras culturas y en el que los escritores deberán reasumir la importancia de la crítica y ésta recuperar su carácter orientador, jerarquizador y dialéctico.

Entre los escritores que decimos, los de la generación intermedia —Juan y Luis Goytisolo, José María Caballero Bonald, Juan García Hortelano, Jesús Fernández Santos, Luis Martín Santos y otros—, es Juan Marsé quien ahora mismo da una lección de profesionalismo, seriedad y consideración de la opinión de los especialistas y también de la obra de sus jóvenes colegas.

Autor de varios y exitosos libros de la posguerra española (*Encerrados con un solo juguete*, *Últimas tardes con Teresa*, *La oscura historia de la prima Montse*, *Señores y señoras*, etc.), Marsé publicó en 1979 (España) la novela *Si te dicen que caí*. Valorada por la crítica periodística y la otra, con un enorme éxito editorial, fue pronto el libro más vendido no sólo en España sino también en Francia (país donde fue declarada la novela del año 1981). Objeto de tesis, artículos, ensayos y reseñas se convirtió, junto a *Cinco horas con Mario* (Delibes), *Señas de identidad*, *Reivindicación del conde don Julián* (Goytisolo), *Tiempo de silencio* (Martín Santos), en punto de referencia obligada en la narrativa española de posguerra.

La novela desarrolla la historia de dos grupos sociales: el de los adultos y adolescentes marginados y marginales y el de los “héroes” de una burguesía degradada y arribista. Junto a ellos aparecen las huérfanas de la guerra, quienes interactúan como metáfora de la inocencia contaminada y destruida. Todos estos personajes viven procesos vitales y de aprendizaje que descartan la posibilidad de esperanza en un mundo que no deja resquicio alguno a una ilusión ahogada en mascarada y fraude. *Si te dicen que caí* es, pues, en el nivel de la historia, el descarnado relato no sólo de los hechos de la generación que vivió la guerra en el bando de los perdedores, sino también la historia de los niños que sin ser protagonistas de la lucha viven la miseria y explotación consecuentes y la de quienes, creyendo ser los vencedores, son, en realidad, el residuo triunfal de una guerra perdida por todos.

El tiempo evocado comprende un extenso período que comienza en los “años del hambre” y concluye tres décadas más tarde, con la trágica muerte de uno de aquellos adolescentes, el que pretendió pasar al lado de los triunfadores a través de la más absoluta degradación. La rememoración se produce en un hoy indeterminado al que se convocan voces narradoras de historias (aventis) sobre lo contemplado a medias.

Estas “aventis”, que fueron un “juego barato, consecuencia de escasez de juguetes, un reflejo de la memoria del desastre, un eco del fragor de la batalla”, funcionan en el relato como el coro de una tragedia que es necesario recomponer e interpretar para producir la catarsis colectiva. El narrador omnisciente ha desaparecido, disuelto en una primera persona singular, surgida desde múltiples voces que practican la confesión o la confidencia.

Esta voz principal, dialógica y múltiple, revulsiva e inquietante, cuya operación básica es la de citar otras voces, no pretende tanto ser una revancha contra el franquismo, como una secreta y nostálgica despedida de la infancia, en una novela que cuenta "confusa la historia y clara la pena" todo el horror y la miseria de la España franquista.

Diez años más tarde (1989) y sin ninguna obligación aparente, Marsé se impuso la tarea de revisar y corregir en profundidad su novela. Quería —dice— hacerse cargo de los errores, aclarar las confusiones no funcionales que eran sólo fruto de la "prisa", recortar los "flecos no poéticos" que la furia con que la escribió había dejado suspendidos entre líneas. "Corregí muchas frases que chirriaban, convertí en más comprensibles algunos elementos que no tenían por qué ser confusos. Establecí simetrías —de ritmo de lenguaje— entre situaciones que eran narrativamente equivalentes", especifica el autor catalán (*El País*, 1989).

Del mismo modo, solucionó problemas de sintaxis, eliminó ciertos barroquismos y atenuó el tremendismo de una, ya antes, magnífica novela que es memoria compartida, documento lírico de una época oscura y modelo para escritores jóvenes. Para esos escritores españoles que, según dice Marsé con cautela y horror a la pedantería como si no fuera quien para afirmarlo, escriben espléndidamente bien, pero usan un exceso de cultismos y aún les falta un mundo propio y mayor interés por lo que cuentan. Quien escribe estas líneas, como si fuera quien para decirlo, cree que Marsé puede ser un maestro para los escritores chilenos y su lectura un regalo para un público atento, sensible y culto.

MARIA NIEVES ALONSO

NIHILISMO Y VIOLENCIA

De *Cástor Narvarte*

Editorial Universitaria, Santiago

Ensayo de Filosofía, 588 págs.

En esta obra se han reunido unas series de conferencias pronunciadas en aulas de las universidades de Chile y Católica. Su finalidad intelectual: analizar los temas del nihilismo y de la violencia. Para ello se confrontan minuciosamente las maneras de pensar de Unamuno, Kierkegaard, Hegel, Nietzsche y Marx. Otras maneras de pensar se incrustan en la obra de Narvarte, para decirnos que los términos nihilismo y violencia constituyen gran parte de nuestra manera de concebir la vida.

Unamuno ha sido el filósofo de las grandes contradicciones. Ha pensado acerca de varios temas, la violencia tiene raíces éticas, el quijotismo puede convertirse en pasión de aparentes contradicciones, es profundamente religioso, pero duda de la existencia de Dios, la "nada" es una tremenda injusticia. Propone unos versos de afirmaciones y negaciones: "Oye mi ruego Tú, Dios que no existes/ y en tu nada recoge estas mis quejas./ ¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande/ que no eres sino Idea. Sufro yo a tu costa./ Dios no existente, pues si Tú existieras/ existiría yo también de veras".

A Unamuno le dolieron España, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma. Y muchas veces llegó a no creer en nada, gozándose de ser un tremendo nihilista, un hombre que vive desviviéndose.

Nihilismo, del latín *nihil*, nada. Es la absoluta negación de creencias; la negación absoluta de todo principio religioso, político o social. Ese término fue adoptado en sus escritos filosóficos por San Agustín. Nihilista: persona que no cree en nada. Varias veces los filósofos han